

HISTORIA PROBLEMA Y PROMESA

homenaje a
jorge basadre

Capítulo 58



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1978

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 1978

Diseño de carátula: Víctor Cumpa

Tuvo a su cargo la revisión técnica: Guillermo Cock

Fotografía: Guillermo Hare

LA VIDA Y LA HISTORIA
Consideraciones sobre las memorias de
Jorge Basadre

David Sobrevilla

En 1975 apareció *La Vida y la Historia. Ensayos sobre personas, lugares y problemas* (Lima: Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú, 1975)¹ de Jorge Basadre. El libro ha sido saludado entusiastamente por la crítica periodística, pero hasta donde conocemos falta aún una reflexión que trate de precisar los rasgos característicos de estas memorias. Esto es lo que nos proponemos esclarecer en este artículo.

En una primera parte realizamos una fijación conceptual, encaminada sobre todo a distinguir entre las memorias y la autobiografía, con la finalidad de poder contar así con las categorías adecuadas para juzgar *La Vida y la Historia*. En una segunda parte, situamos las memorias de Basadre frente a otros testimonios semejantes escritos en los últimos años en el Perú. A continuación, nos referimos a la gestación del libro y a su título, subtítulo y estructura —oportunidad que aprovechamos para deslindar el género al que pertenece y su peculiaridad a este respecto. En la parte cuarta analizamos con detalle una de las monografías que conforman las memorias de Basadre que se refiere a un tema peruano (con un título anterior: “En la Reforma Universitaria”). Posteriormente, examinamos otra monografía relacionada esta vez con un tema foráneo, “Vida e historia en Alemania”, coyuntura que hacemos propicia para aprehender la forma del trabajo histórico de Basadre, ya que este ensayo pone en evidencia un ejemplar ejercicio profesional. Finalmente, extraemos algunas conclusiones.

I

Quisiera fijar algunos de los conceptos que emplearé a continuación ya que es esencial poder distinguir entre ‘memorias’, ‘autobiografía’, ‘testimonio’,

1 Además de este libro, hemos empleado en este artículo fundamentalmente la siguiente literatura de Jorge Basadre: *Historia de la República del Perú 1822-1933*, 6a. ed. 17 tomos. Lima: Editorial Universitaria, 1968 (especialmente el tomo primero). *Introducción a las Bases Documentales para la Historia de la República del Perú. Con algunas reflexiones*. 2 tomos. Lima: Villanueva, 1971. (Con Pablo Macera). *Conversaciones*. Lima: Mosca Azul, 1974.

'confesiones', 'diario' y 'recuerdos'. La narración de la propia vida admite en general dos vertientes: las memorias en que se da espacio al acontecer histórico que le toca vivir al escritor, y la autobiografía que está más referida a su acontecer individual. 'Testimonio' se usa a veces para designar a las memorias y 'confesiones' a la autobiografía —aunque originariamente haya sin duda una diferencia entre la narración de la propia vida que Aurelio Agustín hace a Dios y la que Saint Simon hace a sí mismo y a los otros, como afirma Malraux. El 'diario' consiste en apuntes de carácter más inmediato, que por lo general subyacen a la elaboración de una autobiografía. Mientras el diario puede considerarse el 'análisis' de una vida individual, la autobiografía puede verse como su 'síntesis'. Si el diario mira de cerca los acontecimientos, la autobiografía lo hace a la distancia. El diario es excitado, la autobiografía reposada, ya que entre los hechos y su elaboración median el plan, la composición, el estilo, la cronología más elástica. La palabra 'recuerdos' se la emplea a veces para referirse a las memorias, a veces para designar un hecho singular que se desea rememorar y a veces también para aludir a la autobiografía.

Es necesario profundizar en las diferencias esenciales entre las memorias y la autobiografía. En las memorias se trata de reconstruir el decurso de la vida pasada de la mejor manera posible, y para ello se acude a distintas pruebas: citas, cartas, documentos; en cambio, en la autobiografía lo que importa son tan sólo los recuerdos. Por ello se puede afirmar, desde el punto de vista del psicoanálisis, que mientras en las memorias prima el principio de la realidad, en la autobiografía es dominante el del placer, es decir, que ésta constituye un testimonio ontogenético y filogenético del proceso de individuación. El memorialista apela a la fe de los hechos, el autobiógrafo reactualiza por su parte el pasado mediante la fantasía. Estas diferencias se expresan tanto en la estructura como en el estilo de las memorias y la autobiografía. Las primeras comienzan con el logro de la identidad, con el ejercicio del rol social, las segundas terminan en este lugar. Las memorias se disponen según acontecimientos públicos, casi siempre de carácter histórico; la autobiografía muestra en cambio cesuras cada vez que se suceden estaciones importantes del proceso de maduración. En aquellas se prefiere como forma de relato el "él", en ésta al "yo". En las memorias sobresalen la reflexión y la enseñanza, en la autobiografía la experiencia vital íntima y el recuerdo. Por cierto, en las descripciones de la propia vida hay una serie de tránsitos entre las memorias y la autobiografía y hay pasajes en que es difícil decidir si se trata de una u otra cosa. No obstante,

pensamos que las diferencias anotadas fijan claramente las distintas orientaciones de ambos géneros.

Históricamente, las memorias son más antiguas que la autobiografía. En Occidente, las primeras memorias proceden de la época de los sofistas y las últimas son en Grecia las de Arato de Sición. Sin embargo, fue sólo entre los romanos que este tipo de literatura alcanzó un gran auge. Esto no es casual. Como sabemos desde la *Historia de la civilización griega* de J. Burckhardt, el hombre griego clásico no hacía ninguna distinción entre su vida privada y la pública, como iba a suceder desde el helenismo. Con él se abre un espacio para la interioridad, que posteriormente fomentaría el género de las memorias. También la autobiografía ha sido posibilitada por este hecho, aunque para que este género se desarrollara tuvo además que surgir la noción de individualidad con el cristianismo. Esto explica que la primera autobiografía hayan sido las *Confesiones* de Aurelio Agustín, obra que por mucho tiempo no tuvo imitadores. Hubo que esperar a que en el Renacimiento se cultivara la individualidad para que florecieran realmente las autobiografías con las historias de la vida de Girolamo Cardano y Benvenuto Cellini. La decadencia de las grandes ciudades como Venecia y Florencia produjo posteriormente la disminución del género, que sólo volvería a surgir con el ascenso de la burguesía: ejemplos clásicos son las *Confesiones* de Rousseau, *Vida y poesía* de Goethe, el *Diario Intimo* de Amiel. En nuestros días se afirma que la destrucción de la identidad del burgués hace imposible la autobiografía como historia del desarrollo de la individualidad, y que va siendo substituida por el acta de las suscitaciones del mundo exterior y de las reacciones del mundo interior —por ejemplo en el *Nouveau Roman*.

Antes de terminar quisiera hacer una aclaración: en francés se emplea la palabra 'mémoires' para denominar tanto el testimonio de acontecimientos como la introspección personal. Para Malraux el segundo género ha muerto, porque las confesiones del memorialista más audaz son pueriles en comparación con los monstruos que exhibe la exploración psicoanalítica. De allí que él escriba *Antimémoires*: porque su libro no responde a las cuestiones que plantean las memorias —la realización de un gran designo o la autointrospección—, sino que responden a una cuestión que las memorias no plantean, manifiesta: la pregunta por la condición humana, a la que dan respuesta menos los rasgos que expresan un carácter individual que los que revelan una relación particular con el mundo. No obstante, piensa que sus antimemorias delatan aún sin quererlo su propia

presencia, con frecuencia ligada a lo trágico².

II

En el Perú se ha cultivado las memorias —aunque no con mucha profusión—, mientras que el género de la autobiografía es casi inexistente. Hay memorias políticas, militares, sociales, geográficas, literarias, culturales, artísticas (Cf. Basadre, J., *Bases documentales para la Historia de la República del Perú*. Lima: Villanueva, 1971; T. I, p. 92-105). En cambio, las únicas autoexposiciones que pudieran ser consideradas entre nosotros como autobiografías son algunas páginas de Abelardo Gamarra, E. López Albújar, V.A. Belaúnde, L.A. Sánchez —además de otras pocas, entre las que hay que contar el *Diario del Destierro* de Andrés Avelino Aramburú, que aún permanece inédito (Id., p. 100-101).

Ortega y Gasset explicaba la poca complacencia del español en la rememoración de su propia vida, a diferencia de lo que sucede con el francés, porque éste —decía— siente una *delectatio morosa* en el vivir, mientras que el español percibe la existencia como una carga (*Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1966; T. III, p. 588-590). Más correcta nos parece otra explicación en base a otra idea del mismo Ortega. El manifiesta que por razones históricas el hombre meridional posee una psique que parte del nosotros y del mundo exterior y que difícilmente se retrae a su intimidad, mientras el burgués —por ejemplo el hombre alemán— tiene una psique que despierta primeramente a la soledad del yo y que sólo después conquista trabajosamente el nosotros (Id., T. IV, p. 32 ss.). Esta oposición, que parece cierta, pensamos que puede mostrar por qué las autobiografías no son muy abundantes en los pueblos hispano-americanos, entre ellos el Perú: porque entre nosotros, al nacer y crecer el hombre percibiendo el mundo desde el nosotros y la exterioridad, no ha habido un genuino cultivo de la intimidad. Probablemente obren para esto causas históricas, como las que ha vislumbrado Octavio Paz: que en los pueblos hispano-americanos la introducción de la modernidad ha sido tardía y lenta (Cf. *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral, 1974). A ello se agrega en el caso peruano la

2 La fijación conceptual realizada en este apartado se basa ante todo, aunque no exclusivamente, en: Bern Neumann, *La identidad personal: autonomía y sumisión*. Buenos Aires: Sur, 1973). Esta obra discute la célebre historia de la autobiografía de G. Misch y el libro de Roy Pascal sobre la autobiografía.

debilidad de nuestra burguesía, que luego de 1920 renunció a toda faena intelectual, cesó de administrar directamente el poder político y se satisfizo tan sólo con su ejercicio y el disfrute del poder económico. Es claro que estas circunstancias han imposibilitado la introspección personal³.

Las memorias peruanas más importantes de las últimas décadas son, probablemente, las de V.A. Belaúnde, L.A. Sánchez y las de Jorge Basadre. Quien primero las comenzó a publicar en forma de episodios fue Basadre, habiéndolas luego reunido, reelaborado y aumentado en un tomo al que ha dado por título *La Vida y la Historia*, donde anuncia una continuación de la que aún no se conocen los lineamientos. Quisiéramos destacar brevemente los rasgos comunes y diferenciales de estas memorias.

Víctor Andrés Belaúnde pertenece a la generación del Novecientos. Sus memorias llevan por título "Trayectoria y Destino" y comprenden, hasta donde el autor vigiló personalmente la edición, cinco partes: "Arequipa de mi infancia", "Mi generación en la Universidad", "Planteamiento del problema nacional", "Diez años de exilio" y "El drama del retorno". En la edición de las *Memorias Completas* (2 t.; Lima, Ediventas; 1967) se las ha complementado con páginas de contenido autobiográfico tomadas "de diversos textos anteriores, cuya procedencia se indica en cada caso" (t. II, p. 815). César Pacheco Vélez informa en su "Estudio Preliminar" que Belaúnde empleó pocos meses de sus últimos años en escribir este testimonio (t. I, p. VII). Las memorias fueron dictadas y luego corregidas por el autor. Belaúnde se apoyaba en breves apuntes, pero ellos sólo le servían, afirma Pacheco, como estímulo para la evocación: sus memorias han surgido en lo esencial no de documentos sino de la pura remembranza (t. I, p. XVII). Son quizás estas circunstancias las que expliquen algunos descuidos de estilo, sobre todo hacia las partes finales de la obra, y el

3 Se ha pretendido (Cf. el artículo "Confesiones de un Hijo del Siglo" en *La Prensa*, 28 de marzo de 1976, p. 15) que en el Perú las memorias son casi inexistentes y que este hecho está vinculado con la carencia de un genuino romanticismo peruano —lo que sería culpa de don Ricardo Palma y de que nuestro romanticismo procediera del español y no del inglés y alemán—, por lo que no pudo gestar una literatura del yo. Esta opinión es errónea, porque no distingue entre memorias y autobiografía, afirma equivocadamente que no hay una tradición memorialista en el Perú y, finalmente, porque en todo caso no ha sido la inexistencia de un romanticismo auténtico lo que, al no poner en primer plano la literatura del yo, propició la falta de memorias. Es justamente a la inversa: es la carencia de una psique organizada sobre la base de una vivencia del yo, lo que impidió que en el Perú se generara un romanticismo poderoso y con él el cultivo de memorias (por lo que hay que entender en este caso según el uso impreciso del autor al que aludimos tanto los testimonios históricos como las autobiografías). No entro a considerar la audaz y ligera afirmación de que Ricardo Palma es una de las peores calamidades que han sucedido en la historia cultural peruana. Hay que criticar a Palma, por cierto —sobre todo por su pasadismo y racismo—, pero no con esta superficialidad.

hecho de que muchas de sus páginas —especialmente “Arequipa de mi infancia”— configuren una auténtica autobiografía. No obstante, hay que considerar al libro íntegro como auténticas memorias, porque se nota el ánimo de Belaúnde de justificar su actuación pública: en la Universidad y en la carrera diplomática, en la política y en el exilio, en la Constituyente y en las Naciones Unidas. Véase a este respecto sobre todo la defensa que hace el autor de su generación (t. I, p. 357-358) o la de su gestión en la década del 30 (t. II, p. 763-815)—a través de la que expresa, claro está, sus intereses de grupo. Hay en el libro páginas muy hermosas y otras dramáticas, reflexiones filosóficas, históricas, jurídicas, un marcado subjetivismo en muchas partes y una gran arbitrariedad en las apreciaciones —algo que en las autobiografías y memorias es sumamente usual. Además, se observa que a partir de su regreso al Perú en 1930 Belaúnde ya no comprende lo que sucede en el país: los diez años de exilio lo privan de elementos de juicio y el rechazo que experimenta —cuando esperaba una acogida entusiasta— lo hiere y confunde. Es así como Sánchez Cerro sólo se le aparece como reviviendo el viejo caudillismo militar y el Apra como representando la nueva demagogia nazi-comunista (T. II, p. 776); y como los sucesos de esta época le confirman sus ideas sobre el irremediable sentido de mito, engaño y violencia de la política (t. II, p. 780). Sin embargo, creemos patente que no se puede juzgar a Sánchez Cerro, al Apra o a la política en general simplemente en estos términos.

Luis Alberto Sánchez pertenece a la generación que se ha dado en llamar del Centenario. “Testimonio personal, Memorias de un peruano del siglo XX” se titulan los recuerdos de Sánchez. Se trata de imágenes, juicios, impresiones y retratos vivenciales, pero no de confesiones, ya que “Con pudor incoercible, hasta donde ha podido, evita el autor hablar de sus intimidades” (*Testimonio personal*. Lima, Villanueva, 1969; t. I, p. 7). No obstante, Sánchez declara que en sus memorias “todo gira en torno del vidente, visor, veedor y a veces previsor, el cual no hurta su criterio ni sus prejuicios e imaginaciones, aunque la crítica evaluadora no sea lo principal en este caso” (*Ibidem*). Escrito en el estilo directo, ágil y cargado de alusiones propio del autor, su testimonio personal contiene también muchas páginas autobiográficas, como por ejemplo casi toda la primera parte “En el Limbo”. Sin embargo, se trata fundamentalmente de memorias auténticas, en las que en un determinado momento el yo del aprista comprometido Sánchez desplaza al narrador imparcial. El primer domingo de abril de 1931 el autor firma su cédula de inscripción en el partido.

Rememorando el hecho escribe muy posteriormente: "Todo estaba consumado, ya tenía marca" (t. I, p. 342), y parangona su conversión con la de San Pablo (t. I, p. 319-320). Desde este momento, su criterio y sus prejuicios e imaginaciones han de ser los del militante confeso. Es así como no debe extrañar que en su versión del movimiento de la Reforma Universitaria subraye el papel jugado por Haya de la Torre o Seoane, pero silencie casi totalmente el rol descollante que le cupo a Eleazar Guzmán Barrón. Todo esto no amengua por cierto ni el valor literario, ni el histórico —aunque después de una rigurosa crítica— del testimonio de Sánchez, ni tampoco el indudable mérito de su labor como adherente de su partido. Por todo ello sus memorias tratan de justificar la acción del Apra y la del autor y constituyen un relato apasionante y controvertible. Pero no tanto porque el memorialista deje rienda suelta a su yo individual. —como sucedía con Belaúnde—, sino al supraindividual del partido. Admirable es por cierto la capacidad de evocación de personas, ambientes, situaciones y libros, aunque uno no pueda evitar a veces el sentimiento de poca profundidad. Así por ejemplo una de las impresiones más vividas que el autor transmite de Sánchez Cerro es haberle escuchado decir el domingo 8 de setiembre de 1930 en la Plaza de Armas de Lima ante una manifestación de obreros huelguistas: "Carajo, no sigan fregando". Es que a veces —y no sólo en este libro— la historia se le disuelve a Sánchez en anécdotas.

También Jorge Basadre pertenece a la generación del Centenario; pero si dentro de ella Sánchez se adscribe al grupo contestatario de la generación del Novecientos, Basadre se inscribe dentro del grupo cumulativo (somos de alguna manera los epígonos de la generación del Novecientos escribe una vez, Cf. Carta a Francisco García Calderón incluida en el libro de Ventura García Calderón *Nosotros*; Garnier; París, 1946; p. 119-121). En el prefacio a *La Vida y la Historia, Ensayos sobre personas, lugares y problemas*, el autor manifiesta que su libro no constituye memorias en el sentido tradicional del género, porque no revive sistemáticamente la vida, sino que más bien ensaya "una nueva actitud: sobre determinados episodios, arbitrariamente seleccionados, narra, evoca o pretende interpretar" (p. V). En verdad, la subjetividad de Basadre casi desaparece tras de estas páginas —hay excepciones como las pp. 28-38 de "Infancia en Tacna" y la p. 537 de "Vida e historia en España"— y sólo se la encuentra como punto de partida para cada ensayo y como el decurso vital que los une.

En varias ocasiones el autor ha explicado que adhiere a la concepción de

M. Weber y de K. Mannheim del intelectual, según el que éste es la "inteligencia libremente móvil", un estrato *relativamente* "desclasado", cuya posición le posibilita lograr una perspectiva total sobre el proceso social (K. Mannheim, *Ideología y utopía*. Madrid, Aguilar, 1966; pp. 216-227; Basadre, J.-P. Macera, *Conversaciones*. Lima, Mosca Azul, 1974; p. 135). También en el caso de sus memorias ha procurado Basadre realizar este ideal y así resulta que en ellas no llega a faltar su punto de vista individual, pero al que procura complementar adoptando otras perspectivas distintas. Esto explica que sea tan amplia y matizada su presentación de sus años en la Universidad o del Apra, de la cuestión de Tacna y Arica o de su ejercicio en la Biblioteca Nacional, de su estadía en Alemania y España o de la época de Bustamante y Rivero. Esta posición permite a Basadre exponer por ejemplo el fenómeno de la Reforma Universitaria en toda su complejidad y conexiones y sin tomar nota tan sólo de sus aspectos positivos o únicamente de los negativos. Al mismo tiempo, esta imparcialidad no impide al autor formular su juicio sobre los sucesos que describe. Por el contrario, a menudo realiza apreciaciones sobre las personas, situaciones y problemas que trata, y esto no sólo en relación a lo que les es más o menos ajeno, sino en cuanto a su propia actuación o a la del gobierno de Bustamante y Rivero en el que participó como independiente —el libro no trata del segundo período de Prado en que Basadre también tuvo a su cargo una cartera ministerial. La objetividad en la exposición y el compromiso del efecto que el autor quiere lograr—, la extraordinaria vivacidad del relato que no decae nunca, la enorme masa de información, hacen del texto un documento excepcional dentro de las memorias escritas en el Perú.

III

Por lo que se sabe, la gestación de sus memorias ha demandado a Basadre un tiempo muy largo —urgido como estaba por hacer frente a otros compromisos—, en el transcurso del cual cambiaron su título y la concepción misma de la obra.

Inicialmente, el título era *Un peruano en la primera mitad del siglo XX* —o sea que las memorias hubieran debido comprender sólo hasta los años 50— y posteriormente *Un peruano en el siglo XX*. Es probable que el cambio al título definitivo se deba a que desde el anuncio de los recuerdos de Basadre hasta su efectiva aparición, fue publicado el testimonio personal de Luis Alberto Sánchez,

que lleva por título “Memorias de un peruano en el siglo XX”.

¿Qué significa el título definitivo de las memorias de Basadre? “La vida antecede a la historia”, decía él en la presentación de sus memorias (“Basadre, La Vida y la Historia” en *Diario Expreso*, ed. del 23 de marzo de 1976; p. 8). Este es uno de los sentidos que el título puede tener: que la vida es, como decía Ortega y Gasset —un autor favorito de Basadre—, la realidad radical en que surge todo lo otro —como dice el subtítulo de la obra: personas, lugares y problemas; y también, por cierto, la historia. Pero el título puede tener además otro sentido más profundo conexo con el anterior, al que también se ha referido el autor. En sus “Reflexiones sobre la historiografía” que anteceden a la última edición de su *Historia de la República del Perú*, escribía Basadre: “La Historia es una ciencia de la vida. Y es la vida lo que ella pretende tomar como tema” (t. I, p. XLII), frases con las que quiere expresar que el historiador no busca aprehender el pasado como pasado, sino en tanto ha configurado el presente y sigue obrando sobre él. Que la vida sea el tema de la historia —tomada esta en sentido subjetivo o sea como historia rerum gestarum— significa que aquella, la vida, es en verdad la historia en sentido objetivo o res gestae. Este título, *La Vida y la Historia*, aludiría por lo tanto en realidad a la preocupación existencial íntegra de Basadre.

Pero precisemos ahora la relación que según nuestro historiador se da entre la historia en sentido subjetivo y objetivo. En sus recuerdos escribe: “Y en el fondo, ¿qué es la historia sino un patético hurgar en las tumbas, un ademán solemne e iluso de querer detener el tiempo; un esfuerzo vano, de encontrar, revivir y comprender algunas huellas de ese tránsito y relacionarlas con nosotros mismos, ya no en lo que atañe a unos cuantos individuos o familias, sino a los pueblos y a las civilizaciones?” (p. 24). Esta cita muestra que Basadre siente que la vida, como la historia en sentido objetivo, está caracterizada por su esencial fugacidad, y que el autor comprende a la historia en sentido subjetivo de un modo casi existencial como el esfuerzo por superar esta caducidad. En sus “Reflexiones sobre la Historiografía” escribía Basadre: “La Historia es un conocimiento de los hombres en el tiempo. La pregunta histórica busca, pues, el señalamiento de una inteligencia y un juicio sobre el drama humano, ese drama que empezó mucho antes de que nacióramos y que seguirá después de que nos hayamos ido” (*Historia*; 6a.; I, p. XLII). En cuanto a la falta de éxito final de la historia en su cometido de rescatar lo percedero, el autor escribía en una versión anterior de “Infancia en Tacna” que la historia es “a veces” un afán inútil (*Infancia en Tacna*, Lima; Villanueva, 1959; p. 23); en *La Vida y la*

Historia es todavía más enfático: la historia, afirma a secas, es un ademán iluso, un esfuerzo vano.

La cita enseña también que para Basadre la historia en sentido subjetivo consiste en un afán (a) de encontrar (1), revivir (2) y comprender (3) algunos vestigios del tránsito del tiempo, pero además (b) de ponerlos en relación con nosotros mismos, y no en cuanto atañe a unos cuantos individuos y familias, sino a los pueblos y a las civilizaciones.

En cuanto a la historia como afán de encontrar los vestigios del pasado, Basadre ha puesto muchas veces en claro su concepto de fuentes históricas y del trabajo crítico a realizar en relación a ellas. El adhiere a la idea de Lucien Febvre según la cual fuente es "todo material de que se pueda disponer para hacer accesible en el presente cualquier faceta del pasado, en relación con el aspecto particular de la experiencia del hombre que se pretende estudiar" (*Bases Documentales*; I, p. 19). En este sentido Basadre considera, claro está, que los testimonios escritos no son los elementos exclusivos para el trabajo en historia aún dentro de la época contemporánea. Pero las fuentes no puede aceptárselas sin reparos, sino que hay que someterlas a una crítica rigurosa: externa, "en cuanto a la forma como han llegado a nosotros", e interna "o sea en la apreciación de su sinceridad y de su exactitud, es decir de su voluntad de decir toda la verdad o de su aptitud para no incurrir en el error, en relación con los diferentes problemas que presentan" (*Historia*; 6a.; I, p. XLI).

Mas la historia no sólo recolecta estos vestigios sino que los revive. En este sentido, Basadre se pronuncia contra Nietzsche, que sostenía que el historicismo destruye las fuerzas creadoras de los pueblos y se inclina ante la brutalidad del hecho consumado, y en favor de Croce, que pensaba que la historia convierte al pasado en conocimiento procurando así al hombre una orientación en el mundo: en relación a su presente y *en cierta medida* a su futuro. La historia no da sin embargo una clave segura para profetizar el porvenir (*Historia*; 6a.; I, p. XXI y LXIII-LXIV).

Finalmente, la historia es teoría, es decir que no presenta a los vestigios que ha hallado aislados, sino en conexión, esto es dotándolos de un sentido (*Bases*; II, p. 1055). Por eso Basadre puede decir, diltheyanamente, que la historia *comprende* los hechos. En este sentido, esta ciencia tiene, como toda ciencia en la acepción moderna de la palabra, un claro rasgo constructivo: "La grandeza y la servidumbre de la Historia consiste en que el historiador crea su propio objeto. Los hechos o los procesos históricos son, en buena parte,

construcciones (o mejor dicho, reconstrucciones) de la Historia misma. No hay verdadera Historia sin hipótesis de trabajo, en un cálculo de posibilidades retrospectivo, del mismo modo como no hay Historia sino en y por la historicidad del historiador" (*Historia*; 6a.; I, pp. XXXVII-XXXVIII).

Pero para Basadre es además, esencial que la historia nos ponga en conexión con los vestigios que encuentra, revive y comprende. Una de las responsabilidades primarias del historiador, escribe, sobre todo en un tiempo tan convulso como el nuestro, es que la comprensión que su trabajo procura debe interesar no sólo al erudito, sino también al lego. Para ello debe conectar sus temas "con los grandes problemas de la vida contemporánea, de suerte que si su inmediato cometido puede conducir a su auditorio 'hacia el pasado', puede ayudar a que ese auditorio, esto es las ciudades y los hombres de ahora y del futuro tengan una visión más profunda y más rica del presente, aunque sea por la fuerza del contraste" (*Historia*; 6a.; I, p. XLIII). Por ello advierte Basadre que: "La historiografía interesa a todos los ciudadanos sin excepción y no sólo a la gente de oficio (profesionales, aficionados o curiosos) únicamente cuando presenta lo que Droysen llamara la *Frage*, o sea la pregunta historiográfica, concepto que él definía diciendo que consistía en un *forschend zu verstehen*, un indagar para comprender" (*Historia*; 6a.; I, pp. XLI-XLII).

Lo anterior muestra también que para Basadre la actividad de la historia para poner en relación al pasado con el presente, no puede concernir tan sólo a unos cuantos individuos y familias, sino a los pueblos y civilizaciones. En consecuencia, para nuestro autor no hay una genuina historia que sea puramente individual o familiar. Esto explica que cuando Basadre estudie la figura del Conde de Lemos, lo que le interese sea no su biografía, sino el cuadro de la sociedad del Virreinato por esa época.

En suma, las memorias de Basadre nos dan cuenta de su vida como realidad fugaz en que se le presentaron personas, lugares y problemas, y de su esfuerzo por conjurar mediante la historia la caducidad de la existencia. Naturalmente, como por la naturaleza del libro la dimensión subjetiva del autor no llega a estar totalmente ausente, desfilan por sus páginas acontecimientos y actores que no son plenamente históricos, aunque el autor siempre trate de rescatar su significación por algún motivo.

El subtítulo de los recuerdos de Basadre nos los muestran como ensayos sobre diversos temas. El autor ha declarado muchas veces que siente una predilección por este género (por ej. en la entrevista aparecida en la revista *Equis*,

numero correspondiente al 26 de febrero de 1976; p. 34). Nuestro historiador piensa que esta forma le permite formular con más libertad sus puntos de vista, como dentro de campos distintos, se hace en los ensayos literarios, artísticos o filosóficos (*Bases Documentales*; I, p. 24). Originariamente los recuerdos de Basadre no tenían esta forma, sino sólo la de evocaciones, como se puede observar de las primeras versiones. Por lo tanto, ha habido una evolución en la concepción de la obra, que va de las memorias “en el sentido tradicional del género”, como dice el autor, al del ensayo. Genéricamente, ambas son formas abiertas, de las que las memorias poseen un carácter más bien narrativo —o sea que pertenecen en un sentido amplio al género épico, aunque a veces con un gran acercamiento a la lírica por la acentuación del punto de vista subjetivo—; y el ensayo presenta una tendencia a la reflexión y tiene como rasgos la elegancia, el arte del comienzo, las citas cultas y en varios idiomas, el arte de la medida, de las elisiones y renunciaciones, la desenvoltura y el estilo personal. Estos rasgos convierten al concepto genérico de ensayo en un concepto de valor (Cf. Berger, B., *Der Essay*. Berna, Francke, 1964; esp. 137-167). La transformación de las memorias de Basadre en ensayos ha sido facilitada por la circunstancia de que en ambas formas el punto de vista individual es esencial, y porque en *La Vida y la Historia* el autor aprovecha de sus coyunturas vitales para iniciar sus consideraciones sobre personas, lugares y problemas. Por lo demás, el libro nos parece que no llega a desprenderse totalmente de su inicial carácter de memorias ni a adquirir plenamente el del ensayo: participa de los rasgos de ambos.

¿Qué unidad y estructura posee *La Vida y la Historia*? Al comienzo de la obra Basadre advierte que ella suma “un conjunto de monografías, con valor propio, unidas apenas por la circunstancia de que se relacionan con momentos de la vida del autor” (p. V). Las monografías que el libro comprende son nueve: I, Infancia en Tacna; II. “Afuera, hacia la lejanía, hacia el vasto mundo, afuera”; III. “Por vez primera los universitarios hablan al país en nombre del ideal de la cultura”; IV. En torno a la Universidad de San Marcos entre 1920 y 1929; V. El conflicto de pasiones e intereses en Tacna y Arica (1922-1929); VI. Recuerdos de un bibliotecario; VII. Vida e historia en Alemania; VIII. Vida e historia en España; IX. Diversas notas en torno a la época de Bustamante y Rivero y sobre lo que vino después.

En el “Prefacio” a sus memorias, Basadre afirma que “Razones obvias, la de espacio sobre todo, explican la ausencia de otros ensayos que bien pudieran ser incluidos: por ejemplo, el análisis de las experiencias como catedrático

universitario, un juicio sobre los organismos internacionales, la mirada retrospectiva y prospectiva sobre los Estados Unidos, el recuento sobre la revolución en las ideas concernientes a la teoría y la técnica historiográficas y varios temas adicionales” (p. V). El ha preferido publicar sus recuerdos sobre su infancia y juventud, su experiencia como estudiante universitario, su gestión en el conflicto de Tacna y Arica entre 1920 y 1929, su evocación de la Biblioteca Nacional, sus vivencias de la Europa de la entreguerra y sobre la gestión de Bustamante y Rivero y sobre la suya propia como Ministro de Educación de éste. Aunque el autor manifiesta (p. V) que los episodios de su libro han sido arbitrariamente seleccionados, quizás pueda aventurarse que los recuerdos publicados son los más distantes, los que tocan a un menor número de personas vivas y los que más interés ofrecen.

El orden de presentación escogido es el cronológico. De las distintas monografías la Ia. y IIa. poseen un carácter más autobiográfico y muestran cómo el autor llega a su madurez; la IIIa. y VIIa. son las que más se acercan al ideal del autor de ensayos contruidos en base a memorias; y la IVa. —muy poco unitaria—, Va., VIa., VIIIa. —en el torso que aparece en *La Vida y la Historia*, pues lamentablemente se han eliminado diez capítulos de esta monografía⁴— y IXa. son mas bien memorias “en el sentido tradicional del género”.

IV

A continuación, quisiera analizar una de las monografías de Basadre que me parece especialmente lograda y que tiene un tema peruano: “Por vez primera los universitarios hablan al país en nombre del ideal de cultura”. Originalmente esta monografía se publicó en *Historia y Cultura* (No. 7; Lima, 1973; pp. 5-42 bis), en la que llevaba el título “En la Reforma Universitaria”, no poseía el epígrafe de F. Bourricaud que ahora tiene, sus capítulos no iban precedidos por sumillas y contenía un facsímil del manifiesto del Comité de Reforma Universitaria de 1919 —además de otras pequeñas variantes. El título definitivo de la monografía en *La Vida y la Historia* procede precisamente de la primera frase de dicho manifiesto. El ensayo comprende nueve capítulos y un Apéndice. Los capítulos III-VIII^o son auténticas memorias y el capítulo IX^o cierra las evocaciones precedentes y termina con un ensayo sobre la universidad. El

⁴ Es menester decir al paso que hay que agradecer al “Fondo del libro del Banco Industrial del Perú” la publicación de *La Vida y la Historia*; pero que hay que deplorar que no haya animado al autor a hacer aparecer sus memorias completas o, al menos, con los capítulos faltantes que aquí se mencionan.

Apéndice contiene además del texto del manifiesto del Comité de Reforma de 1919, la reproducción facsimilar de una carta de Eleazar Guzmán Barrón dirigida al autor el 11 de octubre de 1956 y el proyecto que aquél formuló en 1957 para crear un Consejo Nacional de Investigaciones.

El valor de esta monografía nos parece radicar primero en que rescata los recuerdos de Basadre y los beneficia para poner en claro la realidad del movimiento de la reforma universitaria en 1919, y segundo en el ensayo sobre el problema de la Universidad en que la monografía desemboca.

En la imagen que el autor ofrece del movimiento reformista de 1919 destaca en primer lugar su inserción en el contexto político, legal y académico —aunque hubiera sido de desear que el autor se explayara un poco más a este respecto. Segundo, la forma como elabora la oposición que se creó entre el Comité de Reforma y la Federación de Estudiantes, que debilitó el movimiento y posibilitó que Leguía lo quebrara fácilmente. Tercero, el relieve que otorga Basadre a la reforma en la Facultad de Medicina limeña, sobre el que subraya que no influyó el movimiento de la Universidad de Córdoba, y sobre todo a la figura de Eleazar Guzmán Barrón. Quizás el valor más grande de la imagen que el autor traza del movimiento reformista peruano en 1919, sea precisamente el recuperar la contribución que a él prestó Guzmán Barrón, como más en general esta parte de las memorias de Basadre tienen el mérito de librar del olvido a este gran científico peruano. Guzmán Barrón es según nuestro historiador “uno de los más grandes peruanos del siglo XX”, “el símbolo del indio del mañana”. Es importante un problema que con respecto a esta figura plantean las siguientes líneas: “Algunos sujetos de alma pequeña censuraron el hecho de que Eleazar radicara en Estados Unidos para llegar, por sus propios méritos, a la más alta cima en su difícil especialidad. Seguramente les hubiera gustado que se apoltronara aquí para caer en la politiquería, en la intriga criolla, en el lodo, en la frustración” (p. 145). Las preguntas que en este lugar, como en muchos otros casos de la historia de la cultura peruana surgen, son las siguientes: ¿está obligado un individuo a servir a su patria al punto de frustrar su individualidad?, ¿debe realizar su individualidad al precio de negar en un momento su concurso a su país?, ¿hasta qué punto está obligado un individuo frente a su patria?, ¿cuál es el límite de los derechos de ambos?

La actitud de Basadre frente al movimiento de la Reforma Universitaria de 1919 es de una profunda simpatía. Escribe que insistentemente se ha esparcido la versión de que ella tenía como origen la voluntad de no estudiar, y niega esta

especie señalando que varios dirigentes de la reforma no sólo que eran excelentes alumnos, sino que ya comenzaban a realizar valiosas investigaciones (p. 147). Y luego añade: "Al cabo de más de cincuenta años medito en la reforma de 1919, que abre un nuevo capítulo en la historia de nuestras universidades, tan limpia, tan espontánea y en aquella época, tan audaz. . ." (p. 155). Las causas del movimiento de 1919 fueron principalmente según Basadre el influjo del grito de Córdoba en 1918, el crecimiento del número de alumnos de clases medias y provincianos en las aulas de San Marcos, el tradicionalismo y provincianismo de la sociedad peruana y la mediocridad académica. "Nuestro ideal difundido fue sobre todo el mejoramiento de la enseñanza" (p. 156). El problema fundamental que a este respecto diagnosticó el movimiento de la reforma era que una conspiración de ancianos impedía el acceso a las cátedras de especialistas expertos y jóvenes, pero no obstante con experiencia pedagógica. Por lo tanto, la terapéutica esencial recomendada fueron la tacha y la cátedra libre.

Luego de este recuento, breve como es propio de un ensayo, Basadre realiza una crítica igualmente sucinta, pero fundamental. La simpatía que el autor siente por el movimiento de la reforma de 1919, el hecho de que haya sido uno de sus actores y la prestancia que le corresponde dentro de la intelectualidad peruana, dan un peso especial a sus palabras. En su opinión el análisis de la cuestión universitaria fue erróneo, porque "El problema básico era distinto: la Universidad carecía de una maquinaria adecuada para la formación continua y sistemática de nuevos especialistas, así como también para ayudar a perseverar y profundizar en ese camino. Si estos especialistas existían para algunas asignaturas era por acción aislada, heroica o feliz" (p. 157). Pero ese no era el caso en general. Y reconoce además: "Ni siquiera fuimos a una especie de catastro de la intelectualidad nacional para averiguar, al margen de las tachas, cuáles eran los grandes valores privados de cátedras" (Ibidem). También la terapéutica elegida fue incorrecta: "Lo que había que procurar. . . era la oportunidad de que los especialistas pudieran formarse en el futuro. . . A esto era indispensable agregar, en algunos casos, considerándola una necesidad muy urgente, la importación de talentos para disciplinas no bien desarrolladas en Lima o en el Perú. . . Nuestra reacción contra el imperialismo estático en la docencia era sana y generosa; pero más allá de la algarada, de la ley y del decreto inmediato, nacidos por razones circunstanciales, yacían problemas intocados de técnica, de método, de profesionalización científica y de estructura institucional" (pp. 157-158).

A continuación, Basadre critica un planteo sobre la Universidad de José

Carlos Mariátegui en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. En opinión del autor no es muy consistente la tesis de que a la oligarquía dominante no le convenía la modernización de la Universidad. "Si de ella hubieran salido no sólo mejores profesionales sino también mejores graduados en las Facultades de cultura general o de ciencias, esas clases dirigentes habrían sido favorecidas. Lo que pasó fue que hubo limitaciones de dinero y de equipo, de espacio, de técnica y de ambiente; así como, sobre todo en quienes dirigían aquella entidad cultural, salvo algunas aisladas pero brillantes excepciones, falta de aptitud previsor, de espíritu creador y material fue según el autor desconocida, cuando pudo haber sido satisfecha. "Y no se diga que todo esto era utópico en países como el nuestro, pues en esos años se aceleró en el Perú un afán de crecimiento material que dio lugar a un rápido desarrollo de la ciudad de Lima, sede de San Marcos, con el aparecer de barrios enteros. . ." (p. 159). A todo ello se agregó, en opinión de Basadre, que la lucha contra Leguía iniciada en 1921 resultó perjudicial a San Marcos.

La evolución de la reforma muestra su bandera teñida más y más con los anhelos del llamado cogobierno en la Universidad, y que el movimiento reformista traduce no tanto la necesidad de dotar de mayor solvencia científica, cultural y social a esta institución, sino la búsqueda de mayores derechos para los estudiantes, el afán de acercamiento al pueblo, la politización y la agitación constantes. Tanto las izquierdas como las derechas no han sabido afrontar el problema universitario. Las primeras porque hicieron de esta institución un lugar de agitación contra los grupos conservadores y moderados, rompiendo así la continuidad de la vida institucional, propiciando el dogmatismo y fomentando la intransigencia. Las derechas porque desaprovecharon las oportunidades que tuvieron para mejorar la Universidad, soslayaron sus problemas y, en el fondo, menospreciaron a esta institución.

Los grandes problemas internos de la Universidad son según Basadre los siguientes: 1o. en lo material: la masificación y proletarización de las universidades y las deficiencias en los locales, bibliotecas y laboratorios; 2o. en lo que toca a los profesores: los sueldos bajos, la voraz acumulación indebida de ellos, el continuo aumento de cursos sin plan orgánico, la burocratización, la condición intimidada de los profesores y la farsa académica; 3o. en lo concerniente a la administración: el tortuoso crecimiento presupuestal, las camarillas, la falta de una organización eficiente; 4o. en cuanto a los estudiantes: la falta de disciplina de trabajo, la prepotencia y el desprecio del estudio.

En opinión del autor la universidad es, en principio, una institución *educativa, económica, social y nacional*. En tanto institución *educativa* está destinada: a) a la conservación, acrecentamiento y transmisión de la cultura; b) a la formación profesional; c) a enseñar a los jóvenes a valorar, problematizar y a analizar la realidad; d) al fomento de la investigación. Como institución *económica* la Universidad rige un patrimonio necesariamente cuantioso. Ella posee una esencia típicamente *social*, al ser una comunidad cívica formada por profesores, alumnos, graduados, empleados y obreros. Y desde el punto de vista *nacional*, la colectividad espera de la Universidad el análisis de sus problemas, el fomento de las actividades de extensión, asistencia e investigación de su realidad y el nexo permanente con el mundo del trabajo, industrial, artesanal y agrícola. “Las funciones relacionadas desde el punto de vista técnico o pedagógico y desde el punto de vista administrativo, sin perjuicio de que exista un directorio o patronato superior de coordinación y alta dirección, con representantes del Estado en prudente número y libres de cualquier matiz político, así como de otros sectores o grupos” (pp. 162-163).

La universidad debe tener plena autonomía según Basadre en lo educativo y social, pero en cambio en lo económico es menester que acuda al auxilio de expertos o especialistas y su manejo financiero debe ser supervisado por órganos como la Contraloría General de la República. Por lo demás, “No puede dejarse hoy sola a la Universidad en nombre del mito decimonónico de la autonomía. No sólo el Estado sino principalmente la sociedad deben interesarse en su suerte y sentirse responsables de la vida próspera o adversa, deficiente o eficaz que a ella y a los que tengan que ver con ella, les quepa. En el cumplimiento de las tareas universitarias deben integrarse cuatro estamentos: el cuerpo docente o profesional; el cuerpo discente o escolar; el cuerpo circunviviente, esto es la sociedad; y el cuerpo regente o el Estado” (p. 163).

Finalmente, Basadre sitúa el problema de la Universidad peruana en un contexto más amplio al plantear la pregunta de F. Borricaud de si debemos modificar sustancialmente las ideas que el siglo XIX nos ha legado con respecto a la llamada instrucción superior. Es necesario, afirma, analizar la posibilidad de crear entre nosotros verdaderos centros de estudio e investigación de alto nivel, inmunizados contra las perturbaciones de la vida académica, despolitizados pero atentos a la vida social. No puede aceptarse que “no hay belleza con pobreza”, ni que no puede trabajarse en pro de la ciencia y la cultura en medio de una situación de injusticia social. “Es evidente que sobre todo en nuestro tiempo hay

que buscar algún sitio donde jóvenes de gran capacidad, cualesquiera que sea su origen familiar, puedan ser educados en una atmósfera de rigor competitivo, precisamente para capacitarse ante los graves problemas de su mundo, de su tiempo y del futuro” (p. 164).

Es muy característico de Basadre que al abordar en un ensayo el problema de la Universidad en el Perú realice esta inserción de su tema en un contexto más amplio. En su obra, nuestro historiador siempre ha rechazado los estrechos prejuicios parroquiales, locales, regionales, raciales y hasta nacionales; aunque también se ha opuesto al europeo-centrismo que quiere ver a la realidad latinoamericana únicamente a la luz de criterios europeos y sin tomar en cuenta sus peculiaridades (*Bases Documentales*; I, p. 23).

V

En esta parte desearía examinar otra de las monografías de *La Vida y la Historia* que pienso que es muy satisfactoria y que tiene un tema foráneo: “Vida e historia en Alemania”. Ella comprende catorce capítulos que se estructuran en la siguiente forma: la abre una larga cita de la *Historia del cinema* de Pierre Laprohon que sirve para caracterizar la época a que los recuerdos se refieren, los capítulos V-XI constituyen un largo ensayo de “comprender, de interpretar, de explicar” el fenómeno del nazismo, los capítulos XII y XIII extraen algunas consecuencias del ensayo y el corto capítulo final, XIV, retoma el tono de las memorias.

Los capítulos I-IV narran el viaje del autor de Nueva York a Bremen en 1932, su visión de Hamburgo y Berlín, sus recuerdos de sus amigos alemanes —la Sra. Faupel, W. von Eisenhardt-Rothe, Ernst Koch, Gerhard Reuter y su novia Ana Rauch, Karl Schuster— y peruanos —José Jacinto Rada, Alberto Diviza, Mario Bocanegra, Enrique Encinas—, sus impresiones sobre el ambiente intelectual y artístico, social y político, sobre Hitler y Goebbels, sobre Friedrich Meinecke y Richard Thurnwald, Fritz Lang y George Grosz. Las descripciones de Berlín y su atmósfera, de la Sra. Faupel y de un acto en el *Sport-palast* con la asistencia del Führer y de su Ministro de Propaganda, son a nuestro juicio las mejor logradas.

Los capítulos V al XV contienen, como se ha dicho, un ensayo sobre el problema del nazismo. En nuestra opinión, él presenta muy bien la forma de trabajar de Basadre y su amplia versación —tan sólo en este caso, en su libro

Chile, Perú y Bolivia independiente (Barcelona-Buenos Aires; Salvat 1948) y en su ensayo sobre el estallido y las primeras manifestaciones de la Revolución Rusa incluido en su obra *El azar en la historia y sus límites* (Lima: Villanueva, 1973; pp. 31-40), se ha ocupado el autor con temas que no son exclusivamente peruanos.

En el capítulo VO de su ensayo sobre el nazismo muestra Basadre la insuficiencia de una historia política, diplomática y militar de este fenómeno, y cómo es necesario inquirir sobre sus causas sociales, económicas y psicológicas. Expone así algunas de las razones para la debilidad de la República de Weimar. Este capítulo se refiere también a las ideas de J.P. Faye sobre el condicionamiento lingüístico del Tercer Reich, las raíces del antisemitismo germano y el significado de la asunción del poder por Adolfo Hitler. El VI discute el problema de la zona transracional en individuos y colectividades y cómo, apoyándose en ella, pudo ejercer un influjo fascinante y nocivo el Führer. El capítulo VIII muestra el surgimiento del Tercer Reich. El IX encara el nazismo con una hipótesis de J. Billig según la que él no sería un fenómeno marginal, sino clave en nuestra época: la de un sistema de pensamiento que concibe el mundo como un universo concentracionario. El capítulo X hacen patente el nacionalismo del Tercer Reich y su ideal pseudo-heroico. Finalmente el XI expone la barbarie que significó el nazismo y la hipótesis de A. y M. Mitscherlich, según la cual aún no se ha asumido la responsabilidad por este fenómeno en Alemania derivándose toda la culpa a Hitler y los nazis.

Esta monografía nos parece especialmente valiosa para aprehender la forma del trabajo histórico de Basadre. En efecto, ella muestra primero que el autor no se satisface tan sólo con una presentación histórica puramente narrativa. Si en las cuatro primeras ediciones de la *Historia de la República del Perú* quizás se pueda hablar de un predominio de la historia narrativa, Basadre recusa terminantemente que este sea el caso con la quinta y sexta edición que buscan hacer inteligible el pasado republicano peruano y formular diversas hipótesis a este respecto que el autor enumera largamente (Cf. "Nota acerca de una nota" en *Apuntes*; No. 4; Lima, 1975; pp. 140-141). Lo mismo se observa de este ensayo: que lo anima el afán de poner en claro las causas para el surgimiento y auge del nazismo y no sólo relatar hechos externos en relación a él.

En segundo lugar, este ensayo muestra que Basadre no reduce la Historia a la historia política, aunque reconozca la importancia que tiene esta. A este

respecto recuerda en otro lugar que “Jacques Julliard ha señalado... cómo ha sido injusto el repudio absoluto o total a la historia política que, en su esencia, no es sino un estudio del poder y su reparto, un análisis de la intervención voluntaria o inconsciente de los hombres en los dominios en que juegan sus destinos, materia jamás desprovista de vida y de interés si es estudiada con amor y conocimiento” (Id., p. 138). Basadre también acepta que en las cuatro primeras ediciones de la *Historia* concedió una preeminencia a la historia política, pero no así en las dos últimas. En el ensayo sobre el surgimiento del nazismo contenido en *La Vida y la Historia* adhiere por lo anterior a las críticas hechas al libro de William L. Shirer *El Tercer Reich desde sus orígenes hasta su caída* por permanecer éste en la epidermis de una historia exclusivamente política, diplomática y militar en su sentido más estrecho (*La Vida y la Historia*; nota (18) en las pp. 471-472).

En tercer lugar, el ensayo mencionado enseña que Basadre considera que, así como es excesivo pretender reducir la historia a la historia política, lo sería identificarla solamente con la diplomática o la militar, con la psicológica, con la estadística o aún con la social y económica. En efecto, pese a la importancia de los factores materiales para explicar los hechos históricos, no obstante que el autor reconoce la validez de muchas de las hipótesis marxistas, se niega asimismo a aceptar este género de reduccionismo. De allí que el ensayo sobre el surgimiento del nazismo convenga Basadre en la importancia que para ello tuvieron la inflación y la desocupación (*La Vida y la Historia*; p. 476), pero inquiera por otras causas más.

En cuarto lugar, el ensayo al que nos referimos nos ayuda a comprender la concepción de Basadre en las últimas ediciones de la *Historia de la República del Perú*. Esta concepción se halla muy cercana a las ideas de Fernand Braudel. Basadre ha hablado de su concepción en términos de una historia funcional o “relacional” en la “Nota Preliminar a la Quinta Edición” de su *Historia* (6a. ed.; I, p. XX). Funcional, porque tiene un sentido arquitectónico: expone el papel de cada uno de los factores que han influido en la historia peruana —la política, lo social, lo económico, entre otros más—; y relacional, porque los reordena en un “tiempo largo”, con lo que deprecia los acontecimientos, aunque sin llegar a menospreciarlos, y muestra así las verdaderas estructuras profundas de lo histórico. En las “Reflexiones Finales” de las *Bases Documentales* (II, pp. 1055-1061), el autor ha hablado de su planteo como en favor de una historia libre y —con un término orteguiano de cepa leibniziana— prespectivista. Lo llama

en pro de una historia libre, debido a que para Basadre el pensamiento del historiador debe elevarse por encima de los intereses particulares; y lo designa como perspectivista, porque como la vida es, según el dicho diltheyano, polifacética, multilateral, la interpretación que de ella se de, que de lo histórico se haga, deberá ser pluralista y acoger en sí la consideración de sus más distintas facetas y lados. De Braudel ha tomado Basadre la noción del “tiempo largo” y del estudio multidimensional del pasado (Cf. *Historia*; 6a.; I, pp. XXXIX-XL). La idea de la historia libre es un desarrollo del planteo de Karl Mannheim sobre la intelectualidad como la capa de la *freischwebende Intelligenz* (*Historia*; 6a.; I, p. XLVI)⁵. En el ensayo sobre el surgimiento del nazismo se observa que Basadre busca lograr un enfoque total que desde distintas perspectivas penetre hasta la intimidad de su objeto para reconstruirlo hasta donde sea posible. Para ello no vacila en recurrir a procedimientos lingüísticos, estadísticos, filosóficos o de otra índole, si ello es necesario.

En quinto lugar, el ensayo que comentamos nos muestra que Basadre quiere estar permanentemente informado sobre las últimas teorías y técnicas, y esto no sólo en el área de la historiografía, sino en el de casi todos los campos del saber. En este ensayo hay elaboradas una serie de investigaciones últimas sobre problemas históricos, lingüísticos, psicológicos y psicoanalíticos.

Por último, el ensayo que examinamos permite también apreciar la sólida formación humanística de Basadre, que se evidencia en su enorme erudición y en su gusto por la palabra justa. En su *Programa Analítico de Historia del Perú de 1928-29* acentuaba el autor el valor literario que posee la historia. Nunca ha

5 Los desarrollos anteriores sobre la concepción histórica de Basadre, sólo han sido realizados en función de una consideración de este tema en base a sus memorias. Un examen más atento debería tener en cuenta la evolución de dicha concepción y se puede anticipar que debería distinguir por lo menos tres etapas: 1) la del *Programa Analítico de Historia del Perú* de Basadre correspondiente a 1928 y 1929 (Miserere; Lima, 1929), y de la *Iniciación de la República* (Rosay; Lima, 1929-1930; 2 Vol.), que está caracterizada por una concepción de la historia predominantemente *social y narrativa*; 2) la de las cuatro primeras ediciones de la *Historia de la República del Perú* (1939, 1940, 1946, 1949), que presenta una concepción predominantemente *política y narrativa*; 3) la de la quinta y sexta edición de la *Historia* (1962-64 y 1968-69), que muestra una concepción *perspectivista y explicativa*. No obstante, cabe indicar que este desarrollo no significa el abandono de un planteo para afirmar otro distinto, sino la acentuación y la precisión de ciertos elementos que ya se encontraban en las primeras obras de Basadre. En efecto, ya desde el *Programa Analítico de Historia del Perú* (curso monográfico) dictado por el autor en 1928-1929 se observa que él no sólo tiene en cuenta a los factores sociales sino también a los políticos, militares, diplomáticos, económicos, culturales y a otros más; y que formula claramente la necesidad de plantear hipótesis para encarar distintos problemas históricos. Libre ha procurado ser la historiografía de Basadre siempre. Además se tendría que tener en cuenta —cuando menos— los trabajos de Basadre sobre la multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú, sobre historia del derecho peruano, sobre el azar en la historia y muchos de sus artículos y ensayos.

abandonado esta convicción.

Los capítulos XII y XIII extraen diversas consecuencias. Interesa ante todo decir que la actitud de Basadre frente a los temas sobre los que ha escrito ha sido permanentemente crítica; aunque él ha señalado también que si esta postura se exagera, se convierte en destemplanza, encono, insensibilidad (*Historia*; 6a.; I, p. XLIV; *Bases Documentales*; I, p. 29 ss.). Basadre recuerda a este respecto las palabras de Lucien Febvre según las cuales el historiador no es un juez suplente en el valle de Josafat; pero considera que la historia no puede estar separada ni de la verdad (*Bases Documentales*; I, p. 21) ni de la moral. En este sentido cree que el historiador no puede abstenerse de opinar. La posición del autor ha sido objeto de censuras tanto por parte de quienes manifiestan que no formula opinión sobre los temas de los que trata —lo que es falso—, como de quienes le objetan precisamente lo contrario: el emitir juicios. Es extraño que sea precisamente un historiador marxista el que recrimine a Basadre su “preocupación por la finalidad moral de la historia” y lo haga en nombre de la objetividad científica (Cf. “La historia como conversación” en *Caretas*, No. 499; p. 109). Para el marxismo, si la historia es en efecto “un poderoso instrumento para la edificación de una conciencia”, no puede desvincularse de un telos último y de la moral. Según Lenin la filosofía, y más en general toda disciplina, no pueden ser imparciales. El materialismo incluye en sí, por así decirlo, escribe, el partidismo, ya que al valorar un acontecimiento, se obliga a adoptar directa y abiertamente el punto de vista del proletariado. De otra parte, es cierto que Marx rechazaba la tendencia moralizante de su época en sus escritos, pero esto no significa por cierto que haya prescindido de juicios valorativos, como se lo ha reconocido muchas veces: “Si bien Marx, que detestaba el verbalismo moralizante de los socialistas doctrinarios, evitaba emplear en sus escritos términos como “musticia”, “deber”, “moralidad”, etcétera —de los cuales Proudhon hacía uso y abuso—, es el caso que los encadenamientos más objetivos de su pensamiento están exornados de juicios de valor bajo diversas formas; condenaba esta “mitología moderna” sólo porque enmascaraba la injusticia y la inmoralidad” (M. Rubel, *Páginas escogidas de Marx para una ética socialista*; Amorrortu; Buenos Aires, 1974; I, pp. 32-33).

Frente al fenómeno del nazismo lo que sorprende es la posición diferenciada que adopta Basadre. Esto no quiere decir por supuesto que albergue alguna simpatía para él, ya que su condena es terminante; pero sí que su juicio no está oscurecido y que sabe apreciar la complejidad de este fenómeno. Es así

como reconoce que el nazismo recogió los anhelos nacionales alemanes, que afrontó exitosamente el problema del desempleo y que no constituyó un bloque monolítico (pp. 506-508). Y advierte que aunque Hitler y el Tercer Reich hayan sido derrotados, el universo concentracionario que organizaron ha seguido funcionando en diversas partes del mundo (pp. 514 ss.). Nos parece obvio que esta no es una observación paralizante sino de carácter moral. La advertencia que Basadre hace sobre el porvenir que todavía tiene el mundo concentracionario, no implica un enmascaramiento de tendencias conservadoras, ya que en opinión del autor armoniza con su vieja adhesión al socialismo de los años 30 y con lo que el disidente soviético Roy Medvedev ha escrito sobre los requisitos del socialismo en nuestro tiempo (pp. 518 ss.). En consecuencia, previene Basadre, el fascismo puede volver; quizás ya no en los países industrializados, pero sí en los subdesarrollados, en que existen movimientos “que se nutren de variadas especies de nacionalismo, socialismo y populismo y que pueden generar un misticismo, verdadero o artificial, dentro de un contexto explosivo. . . No es, pues, necesario que coincidan el fascismo con la estagnación o crisis económica; cabe la incidencia simultánea de aquél con la lucha por el desarrollo” (pp. 520-521).

VI

Dilthey, probablemente quien con más profundidad ha pensado los problemas que involucran la autobiografía y las memorias, escribe: “El poder y la amplitud de la propia vida, la energía de la reflexión (Besinnung) sobre la misma, es el fundamento de la visión histórica. Únicamente aquella posibilita dotar de una segunda vida a la sombra exangüe de lo pasado. Su unión con una necesidad sin límites de ofrecerse a un ser extraño, de perder en éste la propia identidad (sein eigenes Selbst), es lo que hace al gran historiador” (*Gesammelte Schriften*. Stuttgart: Teubner, 1961; T. VII, p. 201).

Esta consideración de Dilthey nos ofrece la pista de por qué Basadre al rememorar su vida pasada escribe memorias y no una autobiografía —además de las razones generales ofrecidas anteriormente—: porque es un gran historiador, al que al hacer sus recuerdos lo que le interesa es llegar a comprender la vida peruana y no trazar el decurso a través del cual ha adquirido perfil su individualidad. No se trata por tanto de que su propia existencia haya sido muy pobre, sino por el contrario muy rica, como que ha llegado a involucrar toda la

historia republicana del Perú —ademas por cierto de multitud de acontecimientos extraperuanos y de nuestro tiempo.

La Vida y la Historia es sin duda el mejor libro de memorias escrito entre nosotros en las últimas décadas y uno de los más hermosos. En la forma es un libro fundador, que intenta unir el género memorialista con el del ensayo; propósito que, claro está, es controvertible que haya sido plenamente logrado. Las ventajas de este empeño son por una parte fácilmente evidentes, aunque por otra siempre se pueda recordar el consejo de la antigua preceptiva de mantener la distinción entre los géneros.

Lo que de la lectura de las memorias de Basadre resulta manifiesto, es que la individualidad de éste se nos escapa —como también sucede en las *Conversaciones* con Pablo Macera. Marx sostenía que la persona humana se objetiva en lo que produce. En este sentido, Basadre es fundamentalmente sus obras. Para conocer lo que él íntimamente pensó, amó, quiso, muy probablemente será necesario esperar a que otra persona escriba su biografía. El extraordinario pudor con el que Basadre siempre ha rodeado su vida privada, con que se ha preocupado de borrar sus huellas y de no destacar su existencia individual, nos veda el acceso a su intimidad. *La Vida y la Historia* en realidad nos ofrece el extraordinario espectáculo, al que aludía Dilthey, de ver cómo la identidad del gran historiador se disuelve en los azares de la historia republicana del Perú.